SEBASTIÁN PANATT

SANDRIUM

EL LADO OSCURO DEL PLANETA

Áurea Ediciones

© Sandrium II - El lado oscuro del planeta
Sello: Soyuz
Primera edición: Septiembre 2023
© Sebastián Panatt
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan 'Nitrox' Márquez
Corrección de textos: Virginia Gutiérrez
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-50-1



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Para mis padres.

"Si es verdad que el pueblo romano excedió en valor a todas las naciones del orbe (lo cual ninguno pone en duda), debemos confesar que Aníbal fue tanto más prudente que todos los demás capitanes, cuanto el pueblo romano más fuerte que los otros: porque en todas las batallas que Aníbal le dio en Italia, llevó siempre la mejor parte".

—Cornelio Nepote (3. 23. 1)

Prólogo

Ciudad Puerto, en el continente de Larisia, año 2617

Tania Wuoying estaba terminando de prepararse para la cita que tendría en solo una hora. Estaba nerviosa, aunque se repetía dentro de su cabeza una y otra vez que todo saldría bien. Tenía que dejar sus inseguridades atrás y actuar de forma profesional; la situación lo ameritaba, pensó mientras se observaba en un espejo sucio y trizado desplegado en una pared de la pieza que había alquilado hacía cuatro días. Nunca había tenido razones para ir a Ciudad Puerto, por lo que durante esos días la había recorrido hasta memorizar cada calle y esquina. No era algo difícil, ya que la ciudad era bastante pequeña y los enormes pilares de acero rojizo del puerto espacial en construcción que se alzaban al sureste ofrecían un excelente referente visual para ubicarse. Hacia el noroeste, el río Sauro y las montañas por las que fluía no siempre eran visibles gracias a la bruma marina o las tormentas que ocurrían con regularidad, como estaba sucediendo aquel día.

Cuando estuvo lista, Tania se dispuso a abandonar el rudimentario motel. Bajó a la primera planta y antes de salir del vestíbulo, extendió su paraguas de poliocrogeno negro, el mismo material que se utilizaba para las velas de los barcos. Fuera la invadió el sonido del agua cayendo contra el barro de la calle y el poliocrogeno, y el aire gélido le rozó las mejillas. Tania miró hacia el cielo por un segundo y su rostro se empapó, pegando los mechones rizados de

cabello castaño a su piel. Ahí arriba estaba tan oscuro como debía ser la noche. Ella nunca había tenido la experiencia de vivir una noche, pero sus padres, que habían llegado como colonos a Sandrium desde Próxima Centauri B, le habían contado muchas veces cómo era; incluso le habían mostrado fotos tomadas de noche en su lejano planeta de origen. La diferencia de las noches de Próxima Centauri B con la oscuridad de ese día en Sandrium era que en el primero se podía ver el espacio y las estrellas cuando se alzaba la vista. En Sandrium, no se veía más que la oscuridad de los nubarrones que cubrían el cielo y que te empapaban el rostro en solo segundos.

Tania Wuoying, vestida con una camisa blanca, una chaqueta negra que le cubría hasta las rodillas, pantalones color caqui y botas altas, comenzó a caminar por la pequeña calle embarrada en dirección al punto de encuentro con su cita, un bar de mala muerte en el sureste de la ciudad. Es increíble que llamen a esto «ciudad», pensó mientras pisaba con cuidado para no deslizarse en el barro o hundirse en una poza. La mayoría de sus calles ni siquiera estaban asfaltadas.

Ed Talahasin se estremeció al salir. En su opinión, Ciudad Puerto era un basural, pero las instalaciones del ejército eran modernas y cómodas, y la hostilidad del exterior se le hizo especialmente dura. En una ciudad más pudiente se habría protegido de la lluvia con un pequeño y cómodo paraguas energético, que te dejaba ambas manos libres, pero en Ciudad Puerto el dispositivo habría llamado la atención, desentonando, como le había dicho su superior, el director Takawa. Por eso llevaba un rudimentario paraguas de poliocrogeno.

Caminó cuesta abajo por la calle, dejando el complejo militar amurallado a su espalda. Había salido a través de un túnel reservado para el alto mando del ejército, del cual no tenía conocimiento hasta ese día. Nadie lo había visto salir; si, cuando regresara, alguien le preguntaba dónde se había metido, tenía órdenes de decir que había ido a dar una vuelta por el centro de la ciudad para despejar su cabeza. Oficialmente no estaba en hora de servicio, por lo que era algo plausible. Desde que le habían asignado la aparentemente simple misión, Talahasin se preguntaba por qué tanto secretismo.

La tormenta que se alzaba sobre su cabeza se estaba desarrollando con intensidad y en ese sector de la ciudad había poca gente. Cuando llegó al centro, con sus calles estrechas y embarradas, flanqueadas por tiendas y galerías precarias, pero adornadas de forma extravagante con luces y carteles de neón, tuvo que comenzar a sortear a las personas que se agolpaban contra las lonas y techos de las entradas de los diversos locales para evitar el aguacero.

—Diez marcos la mamada, cariño —le dijo un prostituto que se apoyaba contra un muro de madera. Tenía los costados de la cabeza rapada, llevaba gafas que de seguro le permitían una mejor visión en la oscuridad y vestía una chaqueta de cuero que le llegaba hasta los tobillos. Cuando Talahasin estuvo a su altura, el prostituto se entreabrió la chaqueta, dejando ver su torso tonificado y algo de vello púbico teñido de rojo. Talahasin negó con la cabeza y siguió su camino.

No entendía por qué la Federación se tenía que rebajar a negociar con terroristas como los de la Guardia Revolucionaria. Él era joven y había llegado a Sandrium hace menos de dos años, pero le resultaba evidente que la guerra

contra la Guardia era una guerra ganada. El problema era el cuándo, pero en su opinión este tipo de situaciones solo contribuían a aplazar esa victoria. Quizás qué entregaría la Federación a cambio del disco duro. El solo hecho de negociar con terroristas era inaceptable, pensó Talahasin. Pero él era solo un agente en terreno del Servicio de Inteligencia Federal, un peón más de esa gran estructura de poder interestelar que era la Federación de las Naciones Humanas y, como tal, no le quedaba más que obedecer y guardarse sus dudas en algún lugar muy profundo de su mente si quería seguir beneficiándose de ese poder. Talahasin suspiró y siguió su camino.

Tania Wuoying avanzó por Avenida Wellburn, la principal calle de la ciudad, en dirección norte. Era una calle amplia, pavimentada, con tiendas de todo tipo en los costados, adornadas con precarios carteles de neón demasiado chillones para su gusto. Algunos automóviles pasaban de vez en cuando volando a diez o más metros de altura, pero eran pocos y el leve sonido de sus motores eran ahogados por la tormenta, que iba aumentando en intensidad. Tania había memorizado cada tramo de la avenida; cada una de sus tiendas y los servicios que ofrecían, callejones que, a simple vista, en un día como aquel eran poco perceptibles; calles sin salida y otras que llevaban a distintos sectores de la ciudad. Si algo salía mal aquella jornada y se veía en peligro, Tania se creía capaz de esfumarse por alguna de esas pequeñas calles embarradas hasta llegar al puerto marítimo de la ciudad, donde su compañero de misión la esperaba desde hacía cuatro días en un pequeño yate. Si algo salía mal, volvió a pensar Tania, esa jornada era ideal para escapar, perderse en la oscuridad de la tormenta y

remontar el río Sauro hasta algún lugar en que la selva les proporcionara protección.

Aunque no era aconsejable que las cosas salieran mal, no con Erghen Falerio habiendo recién consolidado su posición como comandante supremo de la Guardia. La mayoría de los partidarios de Ator Félix, el antiguo comandante caído en desgracia, habían sido eliminados de forma brutal junto a su líder, pero Erghen Falerio no se conformaba con eso y la cacería continuaba, lo que convertía a todos en sospechosos. Fallar en una misión como la que le habían asignado podía ponerla en una posición muy frágil.

Le quedaban unos veinte metros para llegar a su destino, calculó Tania. La cita había sido concertada en un lúgubre bar, El Errante. Tania había pasado por el lugar para estudiarlo en su segunda noche en Ciudad Puerto. Era espacioso, pero demasiado concurrido, con una enorme barra de madera junto a un muro y numerosas mesas rectangulares de aluminio cromado distribuidas desordenadamente. El toque se lo daba un pequeño escenario en el que Tania había podido apreciar un concierto de space-metal durante algunos minutos. Era un lugar extraño para concertar una reunión de ese calibre, pero había sido propuesto por los federales, que tenían mucho interés en mantener todo en secreto. Si supiera algo sobre el contenido del disco duro que tenía que entregar, pensó Tania, habría podido leer mejor la actitud de los federales, pero operaba a ciegas. La inseguridad que sentía se debía en gran medida a eso.

Tania cruzó la calle. El cartel de neón verde que decía «El Errante» sobresalía del muro como una barrera. Debajo de este había un pequeño grupo fumando alguna mierda, probablemente acormidia o tabaco. Dentro, el olor de las

sustancias y el humo serían agobiantes.

Ed Talahasin se acomodó en una mesa que había junto al muro más lejano de la entrada al bar. Sobre su cabeza pasaba una escalera de acero en zigzag que conducía a los baños. Sin duda era una de las mesas menos apetecidas del local, pero le proporcionaba algo de protección contra ojos demasiado curiosos. El director Takawa le había advertido que en esta ocasión no era de los terroristas de la Guardia de quienes tenía que cuidarse, sino de espías del propio ejército y de la gobernación de Larisia. Talahasin no sabía qué tipo de información iban a entregarle, pero todo el secretismo que rodeaba la operación le hacía suponer que el asunto era delicado.

Desde su posición Talahasin podía dominar gran parte del mal iluminado bar. Estaba lleno, con todas sus mesas de aluminio cromado utilizadas, algunas por hasta diez personas. La entrada al local se encontraba al otro extremo, cerca de la barra. A la derecha de esta había un pequeño escenario en el que una banda conformada por cuatro personas tocaba space-metal. Guitarra eléctrica color plateada que reflejaba las escasas luces del techo cada vez que el guitarrista se movía; un bajo con una poderosa distorsión que envolvía todo el sonido; el baterista que golpeaba con frenesí y ritmo a la vez; y la vocalista, que además tocaba un sintetizador que lanzaba todo tipo de sonidos, suaves pero atrapantes, que se deslizaban sobre el ritmo y melodías que iban construyendo los demás instrumentos. Nada mal, pensó Talahasin mientras dejaba que su pie golpeara contra el suelo, siguiendo el ritmo.

De pronto una sombra apareció en su campo de visión y se acomodó en la mesa frente a él. Talahasin no conocía la identidad de la persona con la que se tenía que encontrar,

pero le habían asegurado que sería una mujer que, al igual que él, llevaría un paraguas de poliocrogeno. La sombra era demasiado alta y corpulenta para ser una mujer, a menos que estuviese genéticamente modificada o se inyectase cantidades ingentes de proteínas y aceleradores metabólicos.

—¿Tienes algo para mí? —se aventuró a preguntar Talahasin. Tenía que recibir el disco duro y retirarse, nada más. Muy sencillo.

—Puede ser, si es que hay algo a cambio que me puedas ofrecer —respondió la voz masculina.

Talahasin se controló para no dejar entrever su sorpresa.

—Escucha, estoy esperando a alguien. No molestes, por favor —dijo, esperando que eso fuese suficiente para que el traficante o proxeneta, o lo que fuese, lo dejara tranquilo.

—Sí —dijo su interlocutor—. La chica no va a llegar. Si es inteligente, cuando despierte buscará la forma de abandonar Ciudad Puerto. Yo pondría rumbo a Minora…

—¿Qué? —atinó a decir Talahasin, tensando sus músculos para atacar o defenderse.

—Tranquilo. Como te he dicho, puede que tenga algo para ti.

—No negocio con gente que se cubre el rostro.

—Me parece justo —dijo el hombre—. Espero que veas esto como un gesto, para que podamos confiar el uno en el otro —continuó mientras se retiraba la capucha y el pañuelo negro que le cubría hasta la nariz—. Creo que ambos podemos beneficiarnos de esto.

La piel del hombre era rojiza, sus ojos levemente amarillentos. De las lunas de Sentina, repasó mentalmente Talahasin.

—Está bien —concedió—. Tienes mi atención, pero no soy alguien muy paciente, así que nada de rodeos. Di lo que

tengas que decir o lárgate.

El hombre de piel rojiza asintió con la cabeza, entonces levantó su brazo derecho y depositó sobre la mesa un dispositivo apenas más grande que las yemas de sus dedos.

—El disco duro —dijo dándole un par de golpecitos con una uña.

—¿Así que la Guardia ha decidido cambiar de agente a último momento? ¿Por qué no nos han informado de esto? Podríamos interpretarlo como un acto abiertamente hostil —dijo Talahasin.

—No. Desde hace unos diez minutos, la Guardia ya no tiene nada que ver con esto. ¿Sabes qué contiene este disco duro?

Nada de rodeos, pensó Talahasin.

—No.

—Información sobre el Ion o, como ustedes lo conocen, el Brauss. Todo —aclaró el hombre rojizo.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué iban a entregarnos información sobre un submarino que se hundió hace más de tres años? Eso no tiene valor para nosotros.

El hombre rojizo negó con la cabeza. Talahasin creyó ver un esbozo de sonrisa dibujado en su rostro.

—El Brauss nunca se hundió. Fue secuestrado por la Guardia y reacondicionando. El año pasado atacó uno de los intercontinentales y hundió un Orca-X.

Talahasin iba a interrumpir al hombre rojizo, que siguió explicándose, cada vez más absorto en su relato.

—Yo estuve en el Brauss, participé del ataque al intercontinental y abordé el Orca-X en el fondo del mar. Este disco duro contiene detalles sobre cada una de las modificaciones que le realizó la Guardia a su poder de fuego, el tipo de torpedos que lleva, las especificaciones del reactor

nuclear y los cálculos sobre su vida útil. Hay informes detallados sobre cada uno de sus tripulantes y, aunque no lo creas, una copia de la carta de navegación electrónica del submarino.

Talahasin tuvo que reprimir el deseo de reírse al escuchar ese «aunque no lo creas», como si fuese lo único inverosímil en su relato. El tipo debía ser un maldito drogadicto que de seguro había asaltado a la agente de la Guardia, encontrándose con el disco duro. Pero entonces había que explicar cómo ese loco sabía que era a él a quien iba dirigido el disco duro y dónde encontrarlo. Tenía que haber amenazado a la agente de la Guardia, que de seguro había hablado. Así eran esos terroristas de poca monta, se dijo Talahasin.

—Bien, supongamos que lo que dices es cierto. ¿Qué querrías a cambio del disco duro?

—Quiero ser parte de la cacería del Brauss. Quiero estar ahí cuando atrapemos a esos malditos hijos de puta y que Minerva me vea a los ojos —respondió el hombre rojizo con pasión.

Talahasin sacudió la cabeza. Todo era demasiado absurdo, tanto que no sabía cómo actuar a continuación.

—Dices que este disco duro contiene información sobre un submarino que oficialmente se hundió hace más de tres años y que supuestamente está bajo poder de la Guardia. No entiendo por qué nos estarían entregando esta información ni qué tienes que ver tú en todo esto. ¿Por qué atacaste a la agente de la Guardia? ¿Qué buscabas, droga, dinero? Puedo darte dinero a cambio de que me entregues el disco duro y te largues de aquí —dijo Talahasin. Ya se estaba aburriendo y quería volver a las comodidades que ofrecía la base militar.

—Escúchame —dijo el hombre rojizo, apoyando ambos codos sobre la mesa. Ahora su rostro estaba más cerca y Talahasin podía notar la exasperación en sus ojos—. La capitana del Brauss traicionó a la Guardia y en la Guardia no tienen la capacidad para neutralizarla.

—Y recurren a nosotros para que hagamos el trabajo.

—Exacto.

—Ahora explícame tu papel en todo esto —pidió Talahasin—. Dices haber estado en el Brauss y sé que abordaste a la agente de la Guardia para robarle el disco duro. No entiendo por qué.

—Yo era un soldado de asalto anfibio de la Guardia. Fui asignado al Brauss para abordar al Kazán, uno de los intercontinentales de la Federación. Teníamos que robar su carta de navegación electrónica antes de hundirlo.

Talahasin asintió para sí mismo. Conocía al Kazán, incluso lo había visto unas cuantas veces arribar al puerto marítimo de la ciudad. Hacía unos meses, medio año quizás, el enorme buque se había aproximado a Ciudad Puerto con parte de la proa rajada y chamuscada, y eso había dado mucho material a la prensa larisiana, que se lo había pasado de lo lindo proponiendo toda clase de teorías. El informe oficial decía que los daños en la proa del Kazán se debían a un ataque pirata fallido, pero hasta donde Talahasin sabía, ningún buque o enjambre pirata tenía el poder de fuego como para producir daños de esa magnitud. De hecho, nunca antes se había producido un ataque a un intercontinental.

—Cuando el equipo de asalto anfibio del que era parte abordó el Kazán —continuó relatando el hombre rojizo—, Minerva, esa maldita traidora, en vez de cumplir su parte y hundir el buque, dio media vuelta y nos abandonó. Dos de

mis compañeros murieron, pero mi amigo Gessman y yo logramos escapar y regresar al Brauss. Ahí fuimos hechos prisioneros y unas cuantas semanas después se nos obligó a abordar y saquear el Orca-X. Luego de eso nos dejaron en medio del mar. Mi amigo Gessman, mi comandante —se corrigió el hombre rojizo, que no ocultaba el dolor en su rostro— se sacrificó para dar aviso a la Federación de la posición del submarino, pero esos inútiles federales desperdiciaron la información. Estoy aquí para asegurarme de que la muerte de mi amigo y comandante Gessman Brazao no haya sido en vano.

Talahasin volvió a asentir. Necesitaba tiempo para pensar, para determinar si valía la pena arriesgar su carrera en el Servicio de Inteligencia Federal por lo que ese tipo le estaba contando.

—Creo que estoy entendiendo —dijo finalmente—. Aunque es demasiado ridículo para ser cierto. Estás hablando de un submarino que se hundió hace más de tres años por una falla en su reactor nuclear. Última pregunta: ¿por qué atacaste a tu compañera? Tenía el mismo objetivo que tú y hacer esto solo te pone en riesgo.

—Amigo, mis conocimientos no se remiten a este condenado submarino. Sé mucho sobre lo que sucede al interior de la Guardia. Ha habido un cambio de timón y ha sido muy sangriento.

—Y crees que corres peligro, entonces acudes a nosotros por protección. La única forma de tener algo de valor que ofrecer era atacando a tu propia compañera para quitarle el disco duro —completó Talahasin, que creía estar terminando de armar el rompecabezas. Todos esos esbirros de la Guardia eran unos inútiles y cobardes.

—Soy un hombre de confianza de Erghen Falerio, el

nuevo comandante de la Guardia, pero no comparto sus métodos: no tiene honor —dijo el hombre rojizo, que rebuscó algo en uno de sus bolsillos, asustando a Talahasin, pero terminó depositando sobre la mesa otro objeto más grande. Parecía una especie de tubo de metal—. El ojo biónico de Ator Félix. Yo lo maté. Puedes mandarlo a analizar, encontrarás ADN que verificará que lo que estoy diciendo es cierto, pero no perderé más tiempo intentando convencerte. Si no aceptas, eventualmente encontraré a alguien que tenga más sesos que tú y me escuche.

Justo en ese momento el guitarrista del grupo que tocaba sobre el escenario comenzó un solo que hizo que la gente, la mayoría bajo los efectos de diversas drogas, chillara de emoción.

Pasaron algunos segundos y el hombre rojizo hizo un ademán de tomar los dos objetos que tenía frente a él. Talahasin no se contuvo y le aferró un brazo.

—Espera —dijo, haciendo un esfuerzo por hacerse oír sobre la algarabía que estaba produciendo el guitarrista, que se movía de forma frenética mientras tocaba, haciendo que las luces del local se reflejaran contra su guitarra plateada en todas direcciones—. Estoy arriesgando mi carrera al hacer esto.

—Y yo mi vida —replicó el hombre rojizo.

—¿Estarías dispuesto a someterte a la droga de la verdad? —preguntó Talahasin.

—No. Quiero inmunidad total y ser parte de la caza del Brauss.

Mierda, pensó Talahasin. Una parte de él le decía que comprometerse con algo así era una imbecilidad que le costaría muy caro, pero otra parte le decía que tenía algo muy grande entre manos, algo con lo que demostrar su

valía como agente del Servicio de Inteligencia Federal. De todas formas, tenía que regresar pronto a la base militar y llegar con las manos vacías era mucho peor que llegar acompañado de ese corpulento hombre de las lunas de Sentina. Atacarlo y tratar de quitarle el disco duro no era una opción muy viable. Talahasin era un agente en terreno, alguien que espiaba y recababa información, no un guerrero.

—Te conseguiré esa inmunidad total.